

JULIA DOMNA II

SANTIAGO POSTEGUILO Y JULIA RETÓ A LOS DIOSES



Santiago Posteguillo

Y Julia retó a los dioses

Julia Domna, 2



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Santiago Posteguillo, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2021, 2022

Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Fotografía de la cubierta: © Cristina Reche y © Nik Keevil / Arcangel

Ilustraciones del interior: © Leo Flores

Mapa del interior: © GradualMap

Primera edición en Colección Booket: agosto de 2021

Primera edición en esta presentación: octubre de 2025

Depósito legal: B. 13.878-2025

ISBN: 978-84-08-30956-7

Impreso en España

DIARIO SECRETO DE GALENO

*Anotaciones sobre Plauciano,
jefe del pretorio con Severo*

Julia había sobrevivido a la locura y el asesinato de Cómodo. Se las había ingeniado para escapar de Roma durante el débil reinado del malogrado Pértinax. Acompañó a su esposo, Septimio Severo, en el avance de este contra Juliano y, muerto el senador corrupto que había comprado el Imperio, Julia marchó con Severo hacia Oriente. La guerra civil contra Nigro fue cruenta, pero el gobernador de Siria fue ejecutado por las tropas de Severo. Julia insistió entonces en no conformarse con el dominio absoluto del Imperio. Ansiaba establecer una dinastía y persuadió a su esposo para que elevara al primogénito de la familia, el pequeño Basiano, ya con el nuevo nombre de Antonino, a la dignidad de César y heredero. Sabía que Clodio Albino, nombrado antes César por Severo para asegurarse su lealtad durante la guerra contra Nigro, no aceptaría compartir la sucesión con el joven Antonino, pero eso no pareció importar demasiado a Julia. Vino una nueva guerra civil. Julia confiaba en la destreza militar de su esposo. El enfrentamiento llevó a Severo al límite de su capacidad y de sus fuerzas, pero, siempre respaldado por Julia, en particular, aquella larga noche entre los dos días de la brutal batalla de Lugdunum, salió, una vez más, victorioso él y ella quedó como la emperatriz más poderosa que nunca había conocido Roma.

Sin Cómodo, ni Pértinax, ni Juliano, ni Nigro ni Albino, Julia, por fin, lo había logrado: su esposo era el señor todopoderoso del Imperio romano y su hijo Antonino su sucesor y, por si fuera poco, contaban con el pequeño Geta para garantizar la dinastía en caso de que algo le ocurriera al primogénito.

Todo estaba logrado y todo habría sido perfecto de no ser por... el enemigo interno: Severo mantuvo a Plauciano junto a él como único jefe del pretorio y su poder fue creciendo de forma imparable, a la par que su ambición. Plauciano podría haberse conformado con ser el hombre más apreciado por el emperador y disfrutar de la posibilidad de enriquecerse con la aquiescencia del augusto. De hecho, tras la derrota de Albino pensé que el jefe del pretorio aceptaba la victoria absoluta de Julia y que no se atrevería ya a enfrentarse a ella, pero Plauciano quería más. Lo anhelaba todo.

Julia, igual que intuyó la debilidad de Pértinax o la capacidad de su esposo para sobreponerse al corrupto Juliano o a las legiones de los gobernadores de Siria y Britania, supo detectar la ambición de Plauciano con nitidez y antes que nadie. Pero esta vez, la emperatriz tenía una dificultad adicional para terminar con el nuevo enemigo: así como el propio Severo supo entender que Julia tenía razón respecto a la debilidad de Pértinax o comprendió con rapidez que tanto Juliano como Nigro o Albino eran enemigos, en el caso de Plauciano, el emperador estaba ciego. Para Severo, su jefe del pretorio era ese amigo de la infancia en el que podía confiar plenamente e interpretaba las sospechas de su esposa sobre el prefecto de la guardia como meros celos de mujer hacia un buen amigo del esposo.

Plauciano, por su parte, fue inteligente. Se mantuvo en silencio y obediente e inactivo con respecto a sus planes mientras Severo celebraba sus fastuosos juegos en el Circo Máximo. El prefecto empezó su traición con el inicio de una nueva campaña militar contra Partia. En la guerra todo es más confuso y sabía que en ese contexto bélico podía enmascarar sus acciones de modos diversos. Alguien tendría que estar muy pendiente para darse cuenta.

La campaña parta pospuso, por enésima vez, mi anhelado viaje a Alejandría. Disponía ya del salvoconducto para consultar todos los libros secretos de la gran biblioteca de Egipto. Estaba más cerca que nunca de acceder a los manuales escritos por Herófilo y Erasítrato sobre las disecciones humanas, prohibidas en mi tiempo, pero realizadas por estos maestros de la medicina siglos atrás. Leer esos libros podría cambiar mi conoci-

miento de tal forma que afectaría a todo lo que hacía, todos mis métodos, toda mi ciencia..., pero la familia imperial me requería en el séquito que iba a partir hacia Oriente. Era un nuevo retraso en mi búsqueda de aquellos manuales secretos, pero había habido tantos otros impedimentos en el pasado, que uno más no parecía grave. Por otro lado, Oriente me acercaba a Egipto y viajar con la corte imperial era mucho más seguro que navegar por el *Mare Internum* sujeto a ataques de piratas o a los caprichos de Neptuno. Viajar con la flota imperial por mar y con el ejército de Severo por tierra era el modo más fiable de garantizarse llegar sano y salvo a Oriente. La propia Julia, conocedora de mis deseos de ir a la vieja biblioteca, me prometió que al término de la campaña parta pediría a su esposo visitar Egipto, a lo que se ve un viejo anhelo suyo.

Todo volvía a ponerse en marcha: la lucha por el poder de Roma en paralelo con mi búsqueda de los libros de Herófilo y Erasítrato. Era como si volviéramos al principio. Un segundo inicio. Un comienzo que esta vez tendría un final definitivo que habría de conducirnos a todos al reino de los muertos, claro que... la laguna Estigia se podía cruzar como un miserable o como un héroe, como un mero mortal o como alguien destinado a ser dios.

II

UNOS JUEGOS ESPECTACULARES

Circo Máximo, Roma

Primavera de 197 d. C.

**Veinte años antes del diagnóstico
de la enfermedad mortal de Julia**

El emperador había hecho que todos los espectáculos para celebrar su gran victoria sobre Albino se concentraran en el Circo Máximo. De esta forma no solo tendrían lugar emocionantes carreras de cuadrigas aquella jornada en el inmenso recinto donde ya se acumulaban más de doscientos cincuenta mil espectadores, sino que además a lo largo del día habría luchas de gladiadores y *venationes* con fieras traídas de todo el orbe. Al utilizar el gigantesco circo en lugar del Anfiteatro Flavio, Severo conseguía engrandecer los eventos al hacer posible que muchísima más gente de la plebe pudiera asistir a todos los festejos. Lo único que prohibió fue la lucha entre mujeres. Severo no era partidario de los combates de gladiadoras y reiteró la prohibición que en su momento ya hiciera el emperador Tiberio para evitar semejantes luchas. Pero todo lo demás, el pueblo lo tendría y en grandes dosis.

—*Imperator, imperator, imperator!* —clamaba la plebe vitoreando a Severo.

El emperador se levantó para saludar desde el palco.

Ya llevaban semanas de juegos, pero la gente parecía no tener nunca bastante espectáculo.

—Te quieren con pasión —le dijo Julia en cuanto su esposo se sentó para dejar que el público se centrara en una nueva lucha de gladiadores.

—Eso parece —confirmó Septimio Severo—, y nos hace fal-

ta. Ya sabes que el Senado está en mi contra, aunque ahora callen por miedo; la mayor parte de sus miembros habría sido feliz si Albino nos hubiera derrotado en Lugdunum.

Julia también compartía esa visión con su esposo.

—Pero con el favor del pueblo y con el apoyo del ejército nuestra posición es segura, ¿verdad? —inquirió ella.

—Sí, sin duda. El ejército es lo fundamental. Por eso, además de subir los salarios de los legionarios, he permitido el matrimonio de los que están alistados, algo que, como sabes, no era posible desde tiempos del primer agosto.

—Eso ha sido muy inteligente por tu parte —ratificó Julia con convencimiento. El hecho de que los soldados pudieran formar familias los hacía más proclives a defender un imperio que era, ahora sí, más que nunca, el hogar de los suyos, de sus mujeres, de sus hijos.

—Por otro lado —prosiguió Severo—, tener contenta a la plebe es interesante para evitar altercados en Roma que pudiera aprovechar algún senador ambicioso. Pero no, no es Roma la que me preocupa ahora.

Julia comprendió que si su esposo no lo decía directamente era porque debía de ser un asunto serio. Septimio no se inquietaba por bagatelas.

—¿Y qué te preocupa? —preguntó la emperatriz. ¿Se habría percatado ya Septimio de la ambición silenciosa pero amenazadora de Plauciano? La respuesta de su marido pronto le hizo ver que no.

—Partia.

Julia suspiró, pero acto seguido se interesó por el tema que planteaba su esposo. Si a un gran militar como Septimio le preocupaba la frontera de Oriente eso también era importante. Los problemas no solían venir solos.

—¿Ha ocurrido algo?

Severo dio un largo trago de su copa de vino antes de responder.

—Sí. Los partos han atacado Nísibis con todo lo que tienen.

Julia arrugó la frente mientras ponderaba aquel dato: Nísibis había sido conquistada y asegurada por su esposo tras derrotar a Nigro hacía apenas dos años y había dejado una potente

guarnición legionaria allí, de forma que aquella ciudad del norte de Mesopotamia era el bastión militar principal de Roma en la frontera con Partia.

—¿No enviaste a Leto al mando de Nísibis hace poco? —preguntó Julia, con cuidado. Sabía que nombrar a Leto era siempre un asunto delicado con su esposo desde que el veterano *legatus* tardara en intervenir con la caballería en la parte final de la batalla de Lugdunum contra Albino, lo que casi supuso la muerte de Severo en combate y la derrota total. La tardanza de Leto en aquella acción clave era algo que su esposo no parecía haber olvidado pese a los buenos servicios prestados por el *legatus* en Issus y otras batallas. Pero Julia había pensado que Plauciano también estaba con Leto al mando de aquella caballería en Lugdunum y se preguntaba si no sería Plauciano el que retrasó la intervención de aquella unidad clave con la esperanza de que no diera tiempo a ayudar a Severo; claro que no tenía pruebas. Pruebas..., ese era siempre el problema con Plauciano..., pero la voz del emperador interrumpió su línea de pensamiento.

—Sí, Leto está al mando desde hace apenas unos días y es él el que ha enviado mensajeros —confirmó el emperador suspirando y dejando la copa de vino en la mesa que tenía al lado de su cómodo *triclinium*.

Hubo un clamor del público. Un gladiador había sido abatido y sangraba profusamente. El que lo había derribado miraba hacia el palco imperial a la espera del veredicto del augusto de Roma. Severo se levantó y miró hacia las gradas. El griterío era tal que resultaba difícil entender qué decía el público, por lo que Severo fijaba sus ojos en las manos de los espectadores, quienes, en su mayoría, tenían el puño cerrado, es decir, sin el pulgar desplegado. El puño cerrado era señal de que deseaban que el gladiador victorioso envainara su espada y no ejecutara al luchador derrotado. Severo miró entonces hacia la arena: el gladiador abatido era muy popular y había obtenido, al menos, una veintena de espectaculares victorias, según recordaba. Además, había luchado siempre con fuerza y pundonor, pese a su rápida derrota aquella jornada. Severo levantó el brazo con el puño cerrado y lo mantuvo así hasta que los jueces que estaban

junto a los luchadores asintieron y ordenaron al vencedor que arrojara la espada. Se le concedía la victoria, pero se perdonaba la vida al gladiador herido.

—*Imperator, imperator, imperator!* —volvió a clamar la plebe al unísono.

Severo se sentó.

Julia no tenía por qué confirmarle a su esposo que había hecho bien en conceder aquella clemencia al gladiador vencido. Era muy evidente para ella. Le seguía interesando más el asunto que había comentado su marido sobre el ataque parto.

—¿Y qué cuenta Leto exactamente? —indagó la emperatriz.

—Que ha podido resistir y rechazar a los enemigos, pero que la ciudad ha quedado bajo asedio.

—Otra vez —apostilló Julia en referencia al cerco anterior al que Nísibis fue sometida dos años atrás.

—Otra vez, sí —repitió Severo—. Y otra vez Leto creando problemas. Como en Lugdunum.

—No es justa tu apreciación —se atrevió a corregirlo Julia, pero con una sonrisa y una voz tan dulce que su marido no pudo más que encontrar simpática aquella oposición.

—¿Por qué dices eso? —la interpeló él.

—Por El-Gabal, Septimio: porque si envías a Leto a lugares de frontera rodeados de enemigos o bárbaros, lo normal es que le surjan problemas. Leto, por su parte, te obedece siempre, nunca discute las misiones que le encomiendas y defiende las posiciones romanas en las circunstancias más difíciles. Y sí, ya veo cómo me miras: se retrasó en Lugdunum, pero está expiando su error en Nísibis, luchando como siempre. Leto es uno de tus hombres de confianza y no hay tantos. Y todos pueden cometer errores.

Severo, serio, pero ponderando bien el sentido de las palabras de su mujer, asintió en silencio.

—En cualquier caso —continuó, al fin, el emperador—, este nuevo ataque a Nísibis me hace ver que los partos no entendieron bien el mensaje que les mandé cuando nos apoderamos de Osroene y Adiabene en la *expeditio mesopotamica* de hace un par de años. Vologases no parece dispuesto a aceptar esta nueva situación como una frontera permanente entre Roma y Partia más allá del Éufrates.

—¿Y qué vas a hacer?

Severo extendió el brazo y Calidio, el esclavo de máxima confianza, que acompañaba a la familia imperial allí donde estuviera, rellenó rápidamente la copa y luego se alejó prudentemente para respetar la intimidad de su amo en su conversación con la emperatriz.

Severo echó otro largo trago.

—Ah, está bueno —dijo primero y luego miró a su esposa—. ¿Te apetecería volver a Emesa un tiempo?

Julia sonrió.

—O sea, que vas a atacar Partia —dijo ella— y no te planteas ya dejarme atrás.

—Exacto. Voy a atacar Partia con todo lo que tengo, con todas las legiones que pueda reunir, y no pienso parar hasta conquistar la mismísima Ctesifonte, su capital. Voy a reunir el mayor ejército romano desde los tiempos de las guerras de Marco Aurelio contra los marcomanos. Esta vez Vologases tendrá que entender que atacarme significaría recibir castigos de tal magnitud que él y sus hijos se estarán quietos durante años. Ese es el plan y, como bien dices, ya te conozco lo suficiente como para saber que te negarás a quedarte en Roma, así que cuento con que tú y los niños vendréis conmigo a esta nueva campaña.

—Eso haremos... —aceptó Julia encantada con la buena sintonía que había entre ella y su esposo. Pero quedaba un asunto importante. Bueno, dos—. ¿Y Roma? Aunque te sientas bastante seguro, hay que ser precavido.

—Por Roma quieres decir el Senado, ¿cierto? Y te refieres a las últimas ejecuciones que ordené —comentó Severo.

—Sí. Tú mismo has dicho que tenemos muchos enemigos agazapados en la curia senatorial. No cuestiono las ejecuciones. Era necesario dar un ejemplo de firmeza, pero el rencor de muchos *patres conscripti* está ahí. Y si nos alejamos de Roma, eso puede darles ideas a algunos, a los más ambiciosos.

El comentario de Julia no era baladí: él sabía que, tras intervenir el correo postal de Albino, el último de sus enemigos, mediante la cooperación de Aquilio Félix, jefe aún de los *frumentarii*, la policía secreta de Roma, ahora a su servicio, se había detenido a sesenta y cinco senadores. Treinta y cinco fueron

puestos en libertad y perdonados por Severo, pero veintinueve fueron ejecutados, con Sulpiciano al frente, el mayor opositor a Septimio Severo y el que más se postuló a favor del defenestrado Albino. Adicionalmente, para reafirmar el carácter dinástico de la actual familia imperial, Severo, con la aquiescencia de Julia, había concedido a su hijo Basiano Antonino el título de *imperator destinatus* para que quedara claro a todos que tras él, tras Severo, quien gobernaría Roma sería su hijo. O sus hijos, pues tanto él como Julia proyectaban elevar también a la categoría de César y heredero a su segundo hijo, Geta, en los próximos meses.

—Lo he pensado bien —continuó Severo volviéndose poco a poco hacia la arena, donde empezaba un nuevo combate de gladiadores—. Dejaré una legión entera, la II *Parthica*, acantonada al sur de Roma, en Alba Longa. Esa legión vigilará que el Senado se esté muy quieto. Eso y las veintinueve ejecuciones los tendrán controlados.

—¿Una legión permanente en Roma? —se preguntó Julia con cierta sorpresa a la par que satisfacción: su marido, cuando pensaba con calma, también podía ser buen estratega no solo en el campo de batalla, sino también en el más amplio campo de la lucha por el control del poder absoluto—. Eso no ha sido nunca costumbre y no le gustará al Senado.

—No, no les gustará —añadió Severo con cierto aire distraído, pues su atención parecía estar ya más en el combate de la arena—, pero los senadores han de ir entendiendo que son las legiones y no ellos las que cuentan. Alexiano estará al mando.

A Julia le pareció bien aquella decisión, aunque eso la privaría de la compañía de su hermana en aquella nueva campaña en Oriente, pues Maesa, lógicamente, querría quedarse en Roma con Alexiano, su marido. Pero lo esencial era que el esposo de su hermana era de toda confianza. El Senado, en efecto, estaría tranquilo. Quedaba solo un asunto que inquietaba a la emperatriz. Su marido parecía muy centrado en el nuevo combate de gladiadores. Consideró que era un buen momento para preguntarle sin levantar sospechas.

—¿Y Plauciano? ¿Se quedará en Roma también o vendrá con nosotros?

Al principio, Septimio no respondió.

—Ese *provocator* es muy bueno —dijo mirando aún hacia la arena, señalando a uno de los gladiadores, pero se giró un instante hacia su esposa—. No, Plauciano vendrá a Oriente con nosotros, al frente de la guardia, como jefe del pretorio que es.

—Claro —aceptó ella.

Severo continuó pendiente de la lucha de gladiadores.

Julia no dijo nada más. Plauciano, que ostentaba ya el título de *clarissimus vir* porque había sido nombrado también senador por su esposo, los acompañaría a Oriente. Detestaba su presencia. Pero Julia, en secreto, para sí misma, sonrió cínicamente: al enemigo, para controlarlo, es mejor tenerlo cerca.

Cámara personal del prefecto de la guardia imperial

Castra praetoria, Roma

Esa misma tarde

Plauciano dejó la misiva del emperador sobre la mesa. Las instrucciones estaban claras. Se iniciaba una nueva campaña militar y Severo contaba con él para marchar hacia Oriente al frente del grueso de la guardia pretoriana.

El prefecto asintió en silencio. Una guerra le permitiría iniciar sus movimientos estratégicos para controlar el Imperio: primero aislar a Severo, luego derribarlo, como un árbol carcomido por dentro que, pese a todo, luce lozano en su exterior, con una falsa muestra de salud y fuerza, hasta su final violento.

Una esclava entró con una niña de nueve años de la mano.

—Buenas noches, hija —dijo Plauciano a la pequeña. Esta dio un beso a su padre y luego salió de la cámara del prefecto de la mano de la esclava para acostarse.

Plauciano se sirvió vino en una copa de oro de una jarra de plata que estaba sobre la mesa. Se levantó y paseó por la sala de mando de la guardia imperial mientras repasaba sus pensamientos: tenía también un hijo más pequeño, Plaucio, que ya se habría acostado hacía rato, y tanto para el pequeño como para Plautila tenía planes importantes. Había quedado viudo hacía poco, ya que su esposa, Hortensia, había fallecido recientemente.

te, pero no le faltaban esclavas hermosas con las que yacer. El matrimonio no le era tampoco necesario. No, disponiendo ya de una hija y un hijo. Tenía toda la descendencia que precisaba.

Descendencia.

Ya fuera de la propia Plautila o de la mujer con la que casara a Plaucio, podría brotar más sangre de su sangre. El germen de una dinastía. La suya.

Descendencia, dinastías, Plautila, mujeres. Era inevitable que su cabeza lo condujera, entre sorbo y sorbo de su copa de oro, a Julia. Él percibía cómo ella intuía sus planes o, al menos, parte de sus proyectos. Plauciano sabía que tenía que destruir a la emperatriz, porque era la única que podía interponerse de forma efectiva en el desarrollo de sus proyectos, pero aún no. Ella estaba en el centro del círculo del poder. Antes debía corroer el tronco del centro de Roma. La idea de aislar a Severo retornó a su mente. Leto era uno de sus hombres de confianza, como Geta, el hermano del emperador, o la propia Julia. Pero tenía que ir paso a paso. Primero Leto, luego mantenerse siempre como único jefe del pretorio y, finalmente, el hermano del agosto y, por supuesto, Julia. Si eliminaba todos esos apoyos, el árbol, Severo, caería.

Se avecinaba una nueva guerra. A punto estuvo de conseguir que el emperador fuera aniquilado en la campaña anterior contra Albino. No lo logró, pero pronto habría nuevas batallas, ataques, cargas de caballería, arqueros..., largos asedios. Un mundo completo de oportunidades se abría ante él.

Cayo Fulvio Plauciano brindó levantando su copa hacia el aire nocturno, ese gas invisible de la noche en el que se preparan las traiciones que fructifican.

—Por Marte, ese gran aliado.